



ENSAYO Y CONTINGENCIA.

Alexander Cruz Aponasenko

Recibido: Febrero 2013 – Aceptado: Septiembre 2013

Miembro del equipo de Investigaciones en Psicoanálisis del C.S.M. No. 1 "Dr. Hugo Rosarios".

✉: alikcruz@gmail.com

Borges solía decir que cuando escribía, generalmente eran los temas quienes lo encontraban a él. Decía que podía ir caminando por una calle y de repente ser sorprendido por una sensación; a lo largo de los años ya sabía identificar la sensación. Una obra iba a producirse en algún momento más bien próximo. La recomendación de Borges, o lo que por lo menos el hacía era entregarse. Había como una suerte de aceptación, resignación quizás. El tema insistía tanto que para sacárselo de encima terminada escribiendo.

Borges no era sin embargo, un simple amanuense. Desde el momento en que era "asaltado" por la sensación, hasta el momento en el que terminaba por rendirse ante la insistencia, había un tiempo de pensamiento. Algo de la razón se mezclaba en el proceso, por ello decía que se ubicaba entre el inspiracionismo de Homero y el racionalismo de Poe. Lo que en realidad nos interesa en esta ocasión es señalar que la escritura de Borges, como de muchos otros autores y quizás no solo escritores, surge en respuesta a un encuentro.

¿De qué hablamos cuando hablamos de encuentro? El psicoanálisis en su veta lacaniana tiene una manera muy bella de referirse al encuentro. El encuentro es lo que está sujeto a la contingencia. Es lo que se opone al automatismo de repetición. Lo contingente es lo que simplemente sucede y a su vez no puede dejar de suceder. Para el psicoanálisis, lo contingente es lo propiamente real. Y es un real producto de la cierta inexistencia de la relación sexual. Por esta vía, al no haber relación sexual en el sentido de proporción entre los sexos y entre los goces, surge lo contingente. La clínica del psicoanálisis se aboca a llevar a los pacientes al punto en el que logren hacer algo con lo contingente en lugar de agonizar ante su encuentro. Pero la vía de la clínica del psicoanálisis no es la que queremos tomar, pues no hay solo una vía, ni hay una sola manera de pensarlas. Aventuremos aquí lo siguiente: un escritor es producto de un encuentro. Permítasenos explicar esto un poco más adelante. El que haya encuentro quiere decir, como lo señalamos antes, que no hay propiamente relación.

Jean Allouch cuenta la siguiente situación: alguien le pregunta de que suele hablar cuando se halla en una reunión con psicoanalistas. Él responde que nunca ha estado en una reunión con psicoanalistas, pues un psicoanalista es algo que existe únicamente de manera fugaz en una sesión de psicoanálisis. De hecho, esa es una conclusión que se extrae inmediatamente cuando se observa el discurso analítico en el seminario *El revés del psicoanálisis*. La posición de analista propiamente dicha solo es alcanzada cuando hace aparición el discurso analítico, cosa que solo sucede de manera fugaz. Es una posición que no puede ser fijada. Nadie permanece inscrito en el discurso analítico fijamente, como sí se lo puede estar en el discurso histórico, universitario o del amo.

Alguien que llevaba a Borges en un taxi a dar una conferencia recibe una pregunta del mismo: ¿Y usted a que se dedica? A lo que responde: "Borges, yo soy escritor". Y Borges dice: "ahh, yo también escribo a veces". Más allá de lo anecdótico de la situación, hay a vuelo de rayo una indicación sumamente fina en lo dicho por Borges. A veces. Ese, a veces, marca la inexistencia de una relación constante, una discontinuidad que abre la puerta a un encuentro cada vez. Borges comprendía esto perfectamente bien. Por eso dejaba que fueran otros los que lo llamaran escritor. Él era una persona que escribía a veces.

Decíamos que el escritor es producto de un encuentro. A que otra cosa si no a un encuentro hace referencia Borges cuando señala que es él quien es abordado por sus temas. Él es encontrado. Su posición ante el encuentro es como el señalamiento que hace Freud a los analistas de abrir las orejas y mantener la posibilidad de escuchar lo inesperado. Con esto no queremos de ninguna manera establecer algún tipo de identidad entre Freud y Borges, menos entre el Psicoanálisis y la Escritura; sino señalar que la lógica del encuentro es común a los dos campos, y que ¿cómo operar con el encuentro? es una pregunta que se encuentra en los sustratos de las dos disciplinas.

Borges es claro al decir cuál era su proceder. Era un maestro del encuentro. Y había algo que sabía, lo iba a poner en la sintonía del encuentro. La lectura. Antes que cualquier otra cosa, Borges se presentaba como un lector. Y lo que hacía era leer, hasta el momento en el que era tomado por sorpresa. A veces.

Barthes dice algo muy interesante a respecto del momento de la sorpresa. Hay un momento en que el lector levanta la mirada del texto. En ese momento Barthes ubica la aparición del escritor. Puede haber varios de estos momentos o ninguno. Puede haberlos para alguien y para otro no. Escribir puede no ser la única forma de hacer algo con eso. Pero para toda persona es posible ser víctima del encuentro.

Tratándose de escritura, ¿qué género estaría más emparentado con el encuentro? Desde ya es necesario señalar que no tendría por qué haber un género que privilegie alguna relación a lo contingente; sin embargo consideramos que el ensayo presenta ciertas características que hacen más fácil ubicar la relación del autor con lo contingente. ¿Por qué? Se dice del ensayo que es un género libre. Si se ha leído algo de psicoanálisis no se puede evitar más que sonreír ante la reflexión de cuanta libertad hay verdaderamente en lo libre. Decir que hay un género literario en el que se puede escribir con libertad no es más que poner la carnada en un anzuelo a donde va a picar el sujeto. No se trata de otra cosa más que de un llamado a la subjetividad. La supuesta libertad puede ser lo más inhibitorio a la hora de escribir, pues la emergencia de la subjetividad es paralela a la emergencia del objeto, situación que generalmente resulta paralizante. Pensar en la emergencia del objeto en un texto no es descabellado. A nuestro favor tenemos a Borges que abogaba porque en un texto debía poder recuperarse la voz, mirar el texto como algo que porta un objeto. Eso que porta es lo que le da vida, lo convierte en un texto vivo. Toda referencia al estilo confluye en este punto.

Quizás eso si sea privilegio del ensayo, el forzosamente enfrentar al autor con esas emergencias. De allí que todo saber quede relegado a un segundo plano, sin estar del todo ausente. Pues el saber se hace necesario para dar algún curso a lo que acontece. El ensayo quizás permite que queden a la vista las marcas de aquello que produjo la escritura, que la causó. Marcas que suelen quedar ocultas cuando se trata por ejemplo de escritura en formato académico. No en todos los casos cabe agregar, si, más bien escasos. Pues afirmar que tales efectos no se producen en la escritura académica es al mismo tiempo negar los alcances de lo contingente.

Bibliografía.

- (1) Allouch, J. (2001). *Hola... ¿Lacan? Ciertamente. No.* Edelp. Buenos Aires.
- (2) Barthes, R. (1994). *El susurro del lenguaje.* Paidós. Barcelona.
- (3) Borges, J. L. (1993). *Borges en la Escuela Freudiana de Buenos Aires.* Agalma. Buenos Aires.
- (4) Freud, S. (2003). *La interpretación de los sueños.* Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
- (5) Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis.* Paidós. Buenos Aires.
- (6) Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 23. El Sinthome.* Paidós. Buenos Aires.